



Irresistible
Saga Indomable 1

1

Kattie Black



IRRESISTIBLE

Saga Indomable I

Kattie Black

Advertencia de contenido: Esta historia contiene escenas con alto contenido sexual. No apta para menores ni mentes sensibles. No tratéis de reproducir ninguna escena si no es de manera sana, segura y consensuada. Esta historia es ficción, no pretende ser un ejemplo de nada, así que deja volar tu imaginación y tu fantasía sin prejuicios ni tabúes.

Irresistible de Kattie Black está registrada bajo una licencia [Creative Commons](#). No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de la autora o los editores.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

La noche en que Steve me empeñó como si fuera un reloj viejo, yo estaba bañándome en el piso de arriba. Eran las ocho de la tarde y mi número empezaba a las once, así que tenía tiempo de sobra para dedicarme un par de horas a mí misma. Entonces Steve entró sin llamar y me tiró una toalla a la cabeza, cargándose todo mi *zen*, mi *ki* y mi *feng shui*.

—Vamos, Alex, sal de ahí —me

dijo—. Tienes que venir a un sitio.

Le miré con fastidio, pero no le hice caso. Nunca le hago caso, ni a él ni a nadie, y mucho menos a la hora de mi puto baño. Es mi momento y me gusta que respeten mi intimidad, así que le ignoré. Pero al cabo de un rato empezó a enfadarse. Me gritó. Le grité. Me tiró del pelo para sacarme a rastras de la bañera. Le solté un puñetazo... Y así durante un rato. Lo que viene siendo una pelea callejera, solo que conmigo en

pelotas. Luego, al fin, cedí y fui a vestirme.

Media hora después, cuando llegamos al parking, yo tenía un ojo morado. Pero deberíais haber visto cómo estaba él.

—¿Dónde vamos? —pregunté, al ver que pasábamos de largo su coche.

No me respondió. Steve no era la clase de tío que va a buscarte para salir a cenar, así que me imaginé que quería algo de mí. «¿Qué coño estará tramando?», me

pregunté.

Giramos el último recodo del aparcamiento y entonces vi la luz al fondo, la mesa y las dos sillas, dispuestas allí como un despacho improvisado. Su hermano estaba en una de ellas. A la otra persona la tapaba con su silueta.

Steve solía hacer negocios en los reservados de La Ratonera, el local donde yo trabajaba por entonces. Era bailarina de *pole dance*. Como empleada, estaba sujeta a un contrato poco habitual,

nada que ver con los que firman los trabajadores de oficina o las administrativas. Según el papel, yo pertenecía a la Ratonera, y por consiguiente, a Steve. El resto de mis compañeras estaban en la misma situación, algunas incluso peor, pues eran más que bailarinas. Todas pertenecíamos a La Ratonera... y éramos La Ratonera. Nosotras conformábamos el alma del negocio, su principal activo y productor de beneficios. Los tíos iban allí a gastarse la pasta por

nosotras, por nuestros culos, nuestros coños y nuestras tetas. Y a pesar de eso, no valíamos nada.

Así pues, éramos de La Ratonera, y el gerente de La Ratonera era Steve. Al parecer, eso le había hecho creer que nosotras éramos de su propiedad.

—Nadie puede poseer un alma humana, a menos que trates con un brujo o con un demonio —le había dicho a Steve en una ocasión, cuando quiso meterse en mi cama con el puto papel como excusa—. Y

tú no eres ni lo uno ni lo otro, solo eres un gilipollas.

Aquella fue la primera vez que le eché de mi cuarto. Lo intentó otras dos veces y a la tercera escarmentó, llevándose un oportuno rodillazo en las pelotas de regalo.

En fin, como estaba diciendo, Steve hacía negocios en los reservados, pero para las cosas realmente turbias montaba reuniones en el garaje. Así que al ver que se trataba de una de esas reuniones, supe que iba a pasar algo

muy chungo. Todo tenía un aire sucio, rudo, como de película de Tarantino. Además, Steve se comportaba de forma extraña. Solía ser un chulo insoportable y altivo, pero esa noche parecía muy nervioso. Sus ojos brillaban como los de un perro asustado y tenía la cara pálida.

Nos detuvimos delante de la mesa y su hermano Brent se levantó para hacernos sitio.

Esa fue la primera vez que vi en persona a Crowley Hex. Y la

verdad, impresionaba.

*

No soy famoso por mi paciencia. Son pocos los que saben hasta qué punto se me pueden tocar las pelotas, y estos tíos ya habían superado el límite con creces.

Estaba sentado en la mesa de la «oficina» del gilipollas de Steve: el garaje cochambroso de La Ratonera. Un lugar muy apropiado para esos chulos de baja estofa. Dos años atrás había tenido la brillante idea de invertir en aquel

tugurio y por entonces llevaba meses sin ver el dinero que me correspondía. Les había dado un par de avisos, más que suficiente. Mis socios sabían con quién se la jugaban, me conocían más allá de los focos de los escenarios y los flashes de las cámaras, por eso no necesitaba amenazarles para que se acojonaran.

—Normalmente no doy más de dos meses de plazo a los morosos. ¿Sabéis cuánto tiempo lleváis sin hacerme llegar mi parte? —Miré a

Brent y seguí dándole la chapa mientras esperábamos a Steve—. Seis meses. Seis putos meses.

Me eché hacia adelante y apagué el cigarro en la copa de Jameson de ese capullo. Brent era el hermano menor de Steve y sus ojos me recordaban precisamente a los de una rata, saltones y de expresión nerviosa.

—Estamos seguros de que quedarás satisfecho. Es un seguro, tú te llevas a uno de nuestros mejores activos hasta que podamos

devolverte lo que te debemos. ¿No te parece un buen trato?

—Una mierda es lo que me parece. ¿Para qué quiero yo un rehén? ¿Esto qué es, la mafia china o qué?

—No es un rehén. No lo veas así. Es una de nuestras estrellas. Seguro que te gusta. —Su sonrisa de baboso aumentó mis ganas de reventarle la cara con el puño—. Encontrarás algo que hacer con ella durante estos días, estoy convencido.

Iba a responder algo cuando el repiqueteo de unos tacones sobre el asfalto me hizo volver la mirada sobre el hombro de aquel idiota. Steve había llegado y se acercaba a nosotros acompañado por una chica. «No, una chica no. Una mujer», me corregí mentalmente. Y es que cualquier diminutivo parecía ridículo para referirse a ella.

—Ah, ya estás aquí.

Brent saludó a su hermano y todos se acercaron a la mesa.

Ella era alta, casi tanto como

yo, y tenía el pelo negro y húmedo, igual que el petróleo. Caminaba al lado de Steven como si flotara, aunque el tío la tenía agarrada del brazo de muy mala manera al menos no parecía atreverse a empujarla. Vestía unos pantalones vaqueros y botines de tacón, una blusa de tirantes que imitaba la lencería de encaje y una chaqueta de piel mullida, semejante al pelaje de un gato, de color negro. Tenía los ojos verdes y luminosos, felinos, y una mirada directa y valiente. En el

rostro ovalado destacaban una nariz pequeña y recta y los labios simétricos, carnosos, pintados de rojo intenso. Me di cuenta de que llevaba un ojo hinchado y de un feo color violáceo.

Nada más verla, las palabras de Brent cobraron sentido de inmediato. Hasta se me había secado la boca. Entrecerré los ojos y me bebí mi copa de un trago, deleitándome la vista mientras mi imaginación se disparaba. Era preciosa y además tenía clase, nos

miraba como si ella fuera una reina y nosotros unos muertos de hambre. No entendía qué hacía allí, con esa gente.

—Buenas noches, Crowley — me dijo Steve nada más detenerse frente a la mesa.

—¿Pensáis pagarme con una de vuestras putas y ni siquiera os dignáis a traerla en buen estado?

—Putra lo será tu madre —soltó la mujer.

Lo dijo así, sin más.

Desapasionadamente. Apenas me miraba por el rabillo del ojo, como si yo fuera una maldita piedra o algo igual de insignificante.

Y aquellas fueron las primeras palabras que me dirigió Alexandra.

*

Pues sí. El tío con el que Steve y Brent se habían reunido era Crowley Hex, el cantante de Masters of Darkness, un grupo de rock multimillonario que hacía giras mundiales y vendía millones de discos con cada nuevo

lanzamiento. Y estaba ahí, delante de mí.

Me gustaba mucho Masters of Darkness. Tenía todos sus discos, seguía sus redes sociales y hasta tenía una camiseta. Las imágenes que había visto de Crowley en las revistas, en la televisión, en Internet, pasaron por mi mente a toda velocidad. Siempre posaba provocativamente: con los ojos pintados de negro, vestido con apretados pantalones de cuero que marcaban su anatomía, con el torso

desnudo, sacando la lengua, enseñando el dedo corazón a la cámara, mordiendo una guitarra eléctrica, morreándose con sus compañeros de grupo y con las fans... Sí, era una superestrella. Y sí, le admiraba, sabía sus canciones de memoria e incluso alguna vez me había masturbado pensando en él. Pero por muy guay que fuera, a mí no me iba a llamar puta, hombre.

Cuando le respondí, frunció el ceño con sorpresa. Luego se echó a reír.

—Vaya, vaya. Parece que necesitas una lección de modales.

—Pues no creo que me la vayas a dar tú, precisamente —repliqué. Él se levantó, acercándose a mí. Tenía los ojos azules, brillantes, y me escrutaba con esa expresión fija de los depredadores. Sentí un leve estremecimiento en la espalda. Estaba acostumbrada a que me mirasen de muchas formas, pero aquellos ojos de lobo nunca los había visto en ningún hombre. Me volví hacia Steve—. Si lo que el

señor Hex desea es una puta, deberías haberle traído a Suzanne. Esa barriobajera es más de su estilo.

Steve no respondió, algo nervioso con la situación. Seguramente empezaba a pensar que no había sido muy buena idea traerme. Entretanto, Crowley me rodeó, estudiándome como si fuera una pieza de museo. Intenté no apartarle la mirada y aproveché para estudiarle también a él.

Ya sabía que era guapo, pero en

directo ganaba aún más. El pelo rubio le llegaba hasta los hombros. Tenía rasgos muy masculinos: mandíbula fuerte, nariz recta y algo respingona, pómulos marcados y barbilla cuadrada cubierta por una barba de tres días. La camiseta sin mangas se ceñía a su cuerpo musculoso y los vaqueros ajustados revelaban que ahí dentro guardaba un buen instrumento. No era solo que fuera guapo y estuviera bueno... es que exudaba peligro y sensualidad. La forma en que se

movía, la actitud, sus ojos, todo.

Me encontré pensando en cosas impropias.

—¿Sabes por qué estás aquí, muñeca? —me preguntó.

Me había quedado mirando los tatuajes de sus brazos hasta que me habló. Ver que ignoraba a los demás y se dirigía directamente a mí me despertó un cosquilleo de satisfacción en el estómago. Aun así, no me ablandé.

—No, pero me lo vais a

explicar ahora mismo.

Steve se puso aún más nervioso. No dejaba de mirarnos, atento a la reacción de Crowley y a la mía.

—Te vas a venir conmigo unos días, hasta que este imbécil me pague lo que me debe —dijo Crowley.

Steve se apresuró a intervenir.

—Solo tienes que quedarte con él una temporada, nena. En cuanto reúna el dinero te traeré de vuelta.

Sonreí. El muy gilipollas

pensaba que me preocupaba alejarme de él.

—Así que se trata de eso. Soy una especie de garantía. —Miré a Steve con frialdad—. Eres un hijo de puta.

El contrato que había sobre la mesa era el mío, ese que no se parece en nada a los que firman los oficinistas. Ahora se lo iban a traspasar a Crowley. Me sentía ofendida, sí, y también vejada, pero era una ocasión perfecta. Si lograba hacer desaparecer ese maldito

papel, sería libre. Libre al fin.

Alcé las cejas y suspiré con hastío.

—Bueno, acabemos con esto de una vez. Habéis interrumpido mi baño y me gustaría reanudarlo cuanto antes. Sea donde sea.

Crowley me miró con sus ojos azules y penetrantes y dibujó una sonrisa de lobo. Supuse que me dejarían hacer las maletas, por lo menos. No pensaba dejar ahí mi *eyeliner* para que esa furcia de Suzanne me lo robara.

Steve y yo no firmamos nada. Ni siquiera le estreché la mano, estaba aún cabreado y quería marcar bien las distancias con él. Cuando dimos el trato por cerrado, le solté un par de amenazas más y luego Steve se acercó a besar en la mejilla a la mujer.

—Pórtate bien, nena —le dijo—. Pronto estarás de vuelta en casa.

La mirada de asombro y burla que ella le dedicó estuvo a punto de

hacerme reír. Después, los dos idiotas desaparecieron y nos quedamos solos en el garaje. Cuando llegué a aquel sitio, la cochera apestaba a gasolina y aceite de motor pero ahora que Alexandra estaba allí su perfume parecía envolverlo todo. Y no solo eso. Al quedarnos a solas, una extraña tensión empezó a fluctuar entre los dos, algo vibrante y provocador, como un hechizo. Ojeé el contrato y me encendí un cigarro, repasándola de nuevo con la

mirada: la piel clara y perfecta, esa boca roja y jugosa, las voluptuosas curvas de su cuerpo y la mirada desafiante.

—Así que... Alexandra Mills. ¿A qué te dedicas exactamente? — pregunté.

Ella se acercó. Mi presencia no parecía imponerle lo más mínimo. Cogió mi paquete... de tabaco y se fumó uno de mis pitillos, prendiéndolo con mi mechero y guardándoselo después en el escote, como si fuera suyo y tuviera todo el

derecho. Apoyó el culo en la mesa y me respondió sin mirarme.

—Soy bailarina y relaciones públicas.

—¿Relaciones públicas?

—Sí. Relaciones públicas, sin más. —Me miró con asco, de arriba a abajo—. No soy puta, si es lo que te estás preguntando.

—Yo no he dicho eso, princesa.

—No me llames así.

Volví a sonreír. Ella me devolvió una sonrisa fría y

sarcástica. Dios, me gustaba muchísimo esa mujer, y eso que acababa de conocerla. Pero cada cosa que hacía me despertaba lenguas de fuego por dentro. Me la habían traído como una ofrenda, y sí, resultaba apetecible, pero no era ni de lejos una gacela herida. Más bien me recordaba a una pantera. Una pantera sujeta por una simple cuerda, sostenida por el idiota de Steve. Steve... Esa rata sería incapaz de mantener a alguien como ella bajo control.

—Si han montado todo este numerito es porque no pueden darme lo que quiero. Aunque, sinceramente, no entiendo por qué te han traído a ti. Me pareces más bien un regalo envenenado.

Alexandra alzó una ceja, circunspecta.

—No soy un regalo. Lo del veneno ya es otra historia.

«Seguro que tienes una buena reserva de eso, nena», pensé. No me había pasado desapercibida la tensión que había entre Brent,

Alexandra y Steve, la manera desafiante en la que ella les había mirado y tratado hasta que se fueron. Esa rebeldía me provocaba un cosquilleo de excitación, pero también me agradaba el hecho de saber que la mujer era, de alguna manera, valiosa para ellos. Sería un placer para mí arrebatárselos a esos gilipollas algo que apreciaban.

—¿Cómo es que estás aquí con ese carácter? No pintas nada en un lugar así.

—Y tú qué sabes, si no me has

visto en tu vida —me soltó. Me hablaba como si fuera un crío estúpido—. Aun así, hay cosas para las que viene bien tener a alguien como yo. A veces vienen clientes importantes. Algunos son extranjeros, y yo hablo tres idiomas. Así que les doy conversación. Conversación a su altura.

—¿Bailas para ellos?

—Bailo para ellos, les hablo en su idioma... les ofrezco cosas.

—¿Drogas?

—Lo que Steve quiere que les ofrezca.

—¿Te los follas?

Me miró, de nuevo con esa expresión cortante.

—¿Qué parte de «no soy una puta» es la que no has entendido?

—No hace falta ser puta para acostarse con...

—No, no me los follo —me interrumpió—. ¿Has terminado ya con el tercer grado? Quiero ir a recoger mis cosas.

Alexandra era valiosa para Steve y Brent, sí, pero estaba cada vez más convencido de que semejante fiera era demasiado para dos ratas como esas. Y aunque su valor no compensara todo lo que me debían, seguro que sacaría provecho de la satisfacción de arrebatársela durante algún tiempo.

Había seguido fumando, mirándola tranquilamente mientras fingía estar pensando si me interesaba o no el trato. Para alguien como yo, que solo debe

sacar la billetera para conseguir lo que desea, aquello se presentaba como una aventura diferente. Estaba harto de los lameculos y Alexandra me parecía un cambio, un soplo de aire fresco. Por no mencionar que estaba buenísima.

—Posiblemente ganes más tú que yo con este negocio. Al menos estarás alejada de estos imbéciles durante una buena temporada.

Ella sonrió a medias. Parecía de acuerdo.

—Qué más da. No es que yo

tenga mucho que decir en todo esto.
—Aspiró una calada, mirándome de reojo. Luego expulsó el humo entre los labios—. ¿Y ahora qué?

—No hace falta que vayas a recoger nada. No vas a necesitar nada más de este lugar —dije al fin, mientras me ponía en pie y apagaba el cigarrillo, aplastándolo contra el tablero de la mesa.

—¿Eso crees? —replicó misteriosamente. Cambió el peso del cuerpo y ladeó la cabeza con un movimiento natural pero muy sexy.

No me miraba, intentaba aparentar que yo no le interesaba lo más mínimo pero yo sentía su atención sobre mí; la sentía en la extraña gravedad que se había creado entre los dos—. Imagino que tendrás un buen coche. Por lo que dicen en las revistas, ganas lo suficiente como para permitírtelo.

Iba a responder cuando, de pronto, ella se dio la vuelta para marcharse y un inesperado latigazo de excitación me azotó los nervios. Sentí el impulso de agarrarla y

llevarla a rastras a la calle, pero me contuve, tomando aire despacio por la nariz, mirándola mientras echaba a andar, desafiándome con cada contoneo de sus caderas. El corazón se me había acelerado en el pecho y un calor semejante al de la ira se derramaba en mi propia sangre.

—Si hubieras leído lo suficiente sabrías que prefiero las motos, así que no traigas demasiado equipaje, princesa.

No esperé a que desapareciera. Sabía que vendría, no tenía otro

lugar al que ir, y Steve no la detendría aunque comenzase a arrepentirse de lo que había hecho. La verdad es que esperaba que estuviera haciéndolo en esos momentos. Salí al exterior, donde mi flamante Harley negra esperaba sobre el pavimento cuarteado del callejón trasero de La Ratonera. Me apoyé en el asiento y saqué otro cigarrillo del paquete casi vacío.

Cuando fui a encendérmelo me di cuenta de que Alexandra se había quedado con mi Zippo. Sonreí,

dejando que mi mirada se perdiera en la oscuridad de la calle.

Alexandra era agresiva y fría, pero algo había empezado a bullir entre nosotros. Era un magnetismo carnal, primario. Casi animal. Podía reconocer en ella el mismo fuego que yo tenía dentro. La había visto espiarme a escondidas mientras yo hablaba con Steve, recorrer mis tatuajes con la vista, los ojos brillándole de deseo, y luego detenerlos en mi entrepierna, justo debajo de la hebilla de mi

cinturón. Fue disimulada, pero no lo suficiente para mí, que estaba atento a todo cuanto hacía. Esa atracción que yo creía ver tenía que ser real. Por fuerza tenía que serlo.

Y si no, yo haría que lo fuera.

*

Cuando me alejé de él lo suficiente, pude volver a respirar con normalidad. Estaba excitada, alterada, igual que si me hubieran dejado a solas con un animal salvaje cuya naturaleza todavía no comprendía. No era miedo, no. Era

algo diferente. Curiosidad, tal vez. Y el maldito Crowley era... era... no podía explicármelo. La manera en que me miraba, el timbre de su voz, esa forma de moverse, lenta pero estudiada, como si fuera a saltar sobre mí en cualquier momento... Dios, no tenía nada que ver con la clase de gente a la que me había acostumbrado en aquel garito de mala muerte. Nada que ver. Ese hombre era dinamita pura. Y una parte oscura de mí misma sentía un deseo malicioso de

encender la mecha.

Apenas tardé diez minutos en hacer el equipaje. Una vez hube terminado de guardar mis zapatos, corsés, vaqueros, vestidos y lencería, me dirigí hacia la planta baja. Steve me miraba con rabia mientras fumaba el cigarrillo como si quisiera absorber la vida de Crowley a través del filtro del Marlboro. Sus ojos gélidos me seguían por la galería del piso superior, pegados a mí mientras hablaba con las demás chicas y me

despedía de ellas. Cuando me dirigía hacia la puerta arrastrando dos maletas con ruedas y con el bolso al hombro, me agarró por el brazo.

—Cualquiera diría que te marchas para siempre —me dijo con una amabilidad tan cortante como el filo de un cuchillo.

Me deshice de su presa con un movimiento brusco.

—Y a ti qué más te da. Si valgo tan poco que me dejas empeñada como un reloj de bolsillo o las

joyas de tu abuela, tienes que considerar la posibilidad de no poder recuperarme.

Me volvió a agarrar, apretando con fuerza los dedos alrededor de mi brazo. Le miré con rabia. Pero la expresión que vi en su rostro por primera vez me hizo sentir en peligro.

—Esa posibilidad no existe — me dijo—. Tenlo claro. Y asegúrate de que a Crowley no se le olvide. ¿Lo has entendido, nena?

Steve me había sacudido en más

de una ocasión. No es que fuera a quejarme, porque yo también le sacudía a él, y generalmente era quien salía peor parado. Nunca fui una mujer fácil. Sin embargo, en ese momento me di cuenta de que había un riesgo peor que no estaba contemplando. Hay hombres capaces de hacer cualquier cosa para salirse con la suya, sobre todo los hombres sin carácter ni valor alguno, como Steve. Tal vez fue esa sensación de verdadero peligro lo que me hizo reprimirme y no

responder nada desafiante ni hiriente. Me limité a soltarme de nuevo y eché a andar hacia las escaleras. Apresuré el paso cada vez más y me metí en el cuarto de baño del piso de abajo para maquillarme. El club todavía estaba muy vacío, apenas eran las diez de la noche y aún no había público salvo los cinco o seis salidos de turno sentados en los sillones de cuero y terciopelo.

Saqué el estuche de maquillaje del bolso y me pinté los ojos,

trazando la línea negra y embadurnando bien mis pestañas de rímel. Luego me retoqué los labios y lo guardé todo de nuevo, dirigiéndome hacia el garaje.

Cuando salí al callejón trasero, miré a Crowley y a su Harley Davidson como si no fueran más que un chaval de instituto y su scooter. En realidad adoraba esas motos. Pero él no tenía por qué darse cuenta. Me detuve a su lado con las maletas y saqué el móvil.

Marqué un número y esperé a que diera señal.

—¿Taxi? Necesito que venga a recogerlos.

Le di la dirección al taxista y me encendí otro cigarro con su mechero mientras esperábamos. Él me miraba con aquellos ojos de lobo y sonreía con malicia.

—¿Qué pasa? —solté, agobiada por su insistente mirada—. Alguien tendrá que llevar mis maletas.

Crowley se rió, pero no se

opuso. Cuando el taxi llegó, me ayudó a cargar el equipaje y luego subimos a su moto. Me agarré a su cintura, pensando en el extraño giro que acababa de dar mi vida. La verdad, acabar saliendo de la ciudad a lomos de una Harley y abrazada a la cintura de Crowley Hex no era mi idea de una noche de miércoles, pero qué demonios. Mientras él conducía, deslicé la mano con sutileza sobre su pecho. Él volvió la cabeza hacia atrás y me miró con malicia. Le dejé que

pensara lo que quisiera. Mi interés era muy diferente a lo que él creía. Le sonreí. Había sentido el crujir del papel debajo de su chaqueta, justo en el lugar en el que se había guardado mi contrato.

CAPÍTULO DOS

A mitad de camino me alegré de no haberme puesto el casco cuando Crowley me lo ofreció, en un gesto muy considerado del que pasé olímpicamente. El tío conducía tal y como a mí me gusta, con el acelerador a fondo, tomando las curvas con valentía y dominando la carretera. Eso estaba bien. Ya había comprobado dónde guardaba el contrato y después de eso pude dedicarme a comprobar que

tampoco lo de los abdominales era Photoshop. Crowley tenía un cuerpo atlético, sin excesos pero bien formado, con todo en su sitio y bien marcado. Su espalda desprendía un calor intenso y los músculos parecían trabajados y fibrosos, llenos de vitalidad. Además, olía bien, como a gasolina y *whisky*. Desde luego no estaba siendo la peor noche de mi vida, a pesar de que había empezado con el pie izquierdo.

Nos perdimos por una serie de

carreteras secundarias durante unos quince minutos. Debía ser difícil encontrar la casa de Crowley Hex si no se conocía previamente su ubicación. Cuando tomó una curva y se internó por un sendero casi invisible, me pregunté si mis maletas llegarían a su destino o se perderían con el taxista por el camino. La segunda opción era la más probable. Al fin nos detuvimos ante una cancela de metal y él tecleó algo en un pequeño cuadro de mando. La cancela se abrió con

un chasquido y él echó un vistazo hacia mí, ladeando el rostro sobre su hombro.

—¿Sigues ahí, princesa?

—¿Dónde voy a estar si no?

Le oí reír. Luego me agarró las manos para ceñirlas con más fuerza a su cintura, antes de acelerar por el camino de losetas. El sendero llevaba a una enorme mansión. El tejado asomaba entre los árboles de un jardín descuidado que crecía sin control.

Nos detuvimos ante la puerta y desmonté. Alucinaba con la casa que había delante de mí. Era una antigua mansión de estilo victoriano, de tres plantas y con las paredes llenas de hiedra y musgo. Tenía balcones de estilo clásico y ventanas con cuarterones de colores. Al otro lado de los cristales se veía una luz tenue en algunas habitaciones del primer piso, filtrándose a través de las cortinas.

—Bienvenida a mi humilde

morada.

Le miré de reojo con guasa.

—Tan humilde como tú, seguro.

—Él esbozó una sonrisa llena de sarcasmo mientras bajaba de la moto—. ¿Tienes criados?

—Viene una señora de la limpieza, una vez por semana. Lo de los criados es tentador, pero me gusta mantener cierta intimidad. Aunque si es una oferta... me lo pensaré —añadió, mirándome como si yo fuera algo comestible.

Subió los cuatro escalones que llevaban a la puerta, sacó las llaves del bolsillo del pantalón y abrió. Al hacerlo, el ruido inconstante de una batería y una guitarra eléctrica brotó desde el interior, como si alguien estuviera aporreándolos sin ton ni son. No me sorprendió, había leído las entrevistas. La mansión de Crowley era conocida por las fiestas, las orgías y el continuo ir y venir de toda clase de gente, desde músicos hasta periodistas, escritores, *groupies*, supermodelos

y tipejos de la farándula.

—Necesitaré una habitación espaciosa, tengo muchos zapatos — dije al entrar, echando un vistazo alrededor. La casa era preciosa, aunque yo fingía que no me importaba nada un carajo—. Y un baño privado. No comparto el baño con nadie. Nunca me levanto antes de las doce y nunca me acuesto antes de las cuatro. Mis horarios de comidas son: desayuno a las doce y media, comida a las tres y cena entre las ocho y las once. Y

asegúrate de tener siempre ginebra o vodka. No bebo *whisky*.

Luego me planté en el centro del salón, buscando el mueble bar.

*

Cerré la puerta y apoyé la espalda un instante en ella. Observé a Alexandra meterse en mi casa como si fuera su *suite* presidencial y me hubiera confundido a mí con el botones. La dejé hablar, más ocupado en observar sus movimientos que en prestar atención a lo que decía. Había

dejado tras ella ese mismo perfume que invadió el garaje de La Ratonera cuando apareció. Su actitud me excitaba tanto como ese olor. De hecho, ya se me estaba empezando a poner dura.

Mientras ella abría el mueble bar, yo me dirigí hacia la estancia contigua, de donde brotaba la música —si es que podía llamársele así—. En cuanto me vieron aparecer, Demona, mi batería, y Ash, el guitarra, dejaron de tocar. Se habían intercambiado

los papeles, él estaba sentado aporreando los platos y ella tenía la guitarra colgando del hombro. Al ver el brillo turbio en sus ojos y los vasos y botellas vacíos diseminados por la sala de ensayo no me costó entender que estaban como cubas.

—Largaos a casa, ¿vale?

—¿No hay fiesta esta noche? — Ash se había quedado con las baquetas en alto, tenía el pelo despeinado e iba mal maquillado.

Demonna me miró con desdén y

no pronunció una palabra. Pasó junto a mí, empujándome con un hombro, y apenas dirigió una mirada a la mujer que estaba desvalijando mi mueble bar. Ash la siguió. Al pasar junto a Alexandra, la miró e hizo un ruidito seductor que le quedó ridículo en su estado. Demona tiró de su brazo y le increpó.

—Vamos, idiota. ¿Eres tonto o qué?

Alexandra les enseñó los dientes y lanzó una mirada

provocativa a Demona, cerrando los dedos de una mano como si fuera una garra e imitando el bufido de un gato. Luego sonrió. Demona y Ash abandonaron la casa y cuando la puerta se cerró tras ellos, todo quedó en silencio.

Al fin estábamos solos.

La miré. La bailarina estaba sirviéndose vodka en una de las copas de cristal tallado de mi vitrina. Su silueta de reloj de arena, negra y seductora, parecía llamarme. Fijé la mirada en su

trasero. Imaginé la carne blanca y turgente de las nalgas debajo de la tela de los *jeans*. Me acerqué por su espalda y le quité la copa de la mano, sin rozarla apenas.

—Dormirás en la habitación que yo te diga —le susurré al oído—. Comerás cuando yo coma... y beberás lo que yo beba. Esto no es un hotel, ni tú eres una invitada al uso.

Esperaba dejar con eso las cosas claras y hacer que se excitara ante mi dominio. Esa actitud tenía

que hacerla derretirse. Pero Alexandra se limitó a mirarme por encima del hombro, y con una mueca escéptica levantó la ceja, arrogante. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

—Perdona, pero tú no tienes ni idea de la clase de invitada que yo soy —respondió, con un tono dulce y venenoso, de arpía—. Ya lo irás viendo. Por ahora, deja que te dé un anticipo. —Se volvió hacia mí y puso los brazos en jarras—. Sé lo que pone en ese papel, pero esa

mierda se ajusta muy poco a la realidad. Uno: yo no tengo dueños. Dos: nadie puede decirme lo que puedo hacer o no. Puedes intentarlo, pero al final comprenderás que no merece la pena. Y tres: déjame tranquila y tú también lo estarás. Intenta fastidiarme y convertiré tu vida en un infierno.

Un latigazo de excitación me tensó los músculos. A mi alrededor la gente solía perder el culo por complacerme: el tipo que pone la pasta siempre manda, el tipo que te

protege debe ser compensado, quien cuida de ti merece respeto, la estrella a la que te quieres follarse debe ser agasajada. Pero Alexandra era diferente. Ella no tenía ninguna razón para plegarse a mis deseos. No era una rata en La Ratonera, y tampoco iba a serlo aquí, en mi territorio.

Bebí de la copa que se había servido y cuando me eché hacia adelante para dejarla sobre el mueble me acerqué tanto a ella que pude notar su respiración contra

mis labios. No la estaba tocando, pero mi cuerpo le impedía cualquier intento de fuga.

—Me importa una mierda lo que ponga en ese papel —murmuré, mirándola a los ojos mientras hablaba, casi rozando su boca—. No necesito que el gilipollas de Steve me dé permisos sobre algo que no es suyo y no merece dominar. Él no es tu dueño, desde luego, pero no te pases de lista. Yo no soy una rata. Y no me da miedo el infierno.

—Como si tú supieras mucho sobre el infierno... —replicó en un tono insinuante, entrecerrando los ojos. Veía el recelo de un animal salvaje en ellos, a punto de saltar.

Alcanzó la copa que yo había vaciado. Vi que se esforzaba por mantener la distancia para que nuestros cuerpos no se tocaran, al menos, de cintura para arriba. Le quité la botella y la copa de las manos, la llené y bebí. Luego acerqué el cristal a sus labios, acariciándolos con él. Ella me

asaeteaba con sus ojos verdes.

—Sé lo suficiente como para no temer a los demonios, princesa — respondí.

*

No soy ninguna mojigata, no era la primera vez que un hombre se me acercaba. Tenía largos años de experiencia a mis espaldas, tanta que los hombres habían perdido para mí el interés. Me aburrían. Y sin embargo, cuando Crowley se me echó encima de esa manera sentí cosas que no recordaba desde hacía

tiempo. Apreté los labios y le atravesé con la mirada, inclinándome hacia atrás para poner algo de distancia. Percibía su calor demasiado próximo, sus ojos me asediaban con la misma insolencia que su cuerpo.

«¿Dónde te has metido, Alexandra?». Me lo preguntaba a mí misma mientras el licor caía dentro del vaso. Estúpido engreído. Su actitud de ganador me ponía furiosa. Sentía ganas de aplastarle bajo mi tacón. Qué se habría

creído.

Cuando me acercó la copa a los labios sentí la tentación de apartarla de un manotazo, pero cambié de idea. Abrí los labios y dejé que el licor entrara en mi boca. Esperé a que alejara la copa y terminara su numerito. Entonces se lo escupí todo a la cara, como un aspersor.

—No soy ninguna princesa.

Crowley cerró los ojos y respiró hondo, como tratando de calmarse. Aquello me excitó. El

vodka se deslizaba hacia su cuello, empapándole la camisa y goteándole desde la barbilla. Noté como sus músculos se tensaban. Tiró el vaso al suelo, este se hizo pedazos que rebotaron contra mis tacones y sus botas. Luego se lamió los labios con un gesto lascivo, antes de abrir los ojos de nuevo y fijarlos en mí.

—¿Y qué es lo que eres? ¿Una furcia más, Alexandra? ¿Otra rata de La Ratonera? —Apoyó las manos en el mueble, echándose

sobre mí y acorralándome con un fuego intenso en la mirada—. ¿O eres un demonio?

Hasta el aire se estaba tensando entre nosotros. Estaba pegado a mí, sentía la presión de su cuerpo contra los muslos y la cintura y me estremecí de deseo. Lo odié. Lo odié a él por insolente, a mí misma por reaccionar así y a mi propio cuerpo. Me resultaba difícil apartar los ojos de los suyos. Me afectaba su presencia, y estaba claro que la mía también le afectaba a él.

Ya no pensaba en Steven ni en La Ratonera, apenas podía pensar en nada que no fuera en él y en todas las cosas que había visto y leído sobre Crowley Hex durante aquellos años.

—Pensaba que podrías averiguarlo tú solo —respondí con el mismo tono burlón de antes—. ¿O es que eres de los que prefieren que se les dé todo hecho? Porque entonces no te diferencias tanto de Steve...

Agarré la mano con la que él

sostenía la botella y me la llevé a los labios, dando un largo trago sin dejar de mirarle, y luego otro, y otro más, desafiándole. En sus ojos se estaba formando una tormenta. Moví su mano para que dejara de mantener la botella inclinada, pero él la levantó y me obligó a beber más. Noté la presión en sus pantalones cuando se le puso dura y por si no lo estaba notando suficiente hizo ondular las caderas lentamente, clavándome su erección y empujándome contra el mueble.

Jadeé y dejé de beber, las gotas me resbalaron por los labios, hacia mi cuello. Las dejé correr.

Crowley apartó una mano del mueble, la cerró repentinamente en mis cabellos y me obligó a levantar la cabeza.

—Puede que estés acostumbrada a echarle migajas a las ratas, *princesa*... —vocalizó bien esa palabra—. Pero yo no necesito que nadie me dé nada. Y cuando quiero algo, lo tomo —dijo por último, rozando mi boca con la

suya.

—Si tú lo dices...

Sacó la lengua y deslizó la punta sobre mi mentón, recogiendo las gotas de vodka con ella. Los pezones se me pusieron duros, sentí un conocido hormigueo en el bajo vientre. Aun así, deslicé una rodilla para apoyarla contra su polla de forma amenazante y me eché hacia atrás despacio.

Entonces tiró de mi pelo y me obligó a darme la vuelta con un gesto brusco. El bastardo sabía lo

que quería y cómo conseguirlo. Forcejeé y le lancé un codazo sin éxito, pero de nuevo no armé ningún escándalo. Noté la presión de su erección contra las nalgas cuando aplastó las caderas contra mi trasero. No pude evitar sonreír. Sus dedos me habían revuelto aún más el pelo, que se había derramado en sedosos bucles sobre mi hombro.

El calor de su cuerpo duro y hambriento me envolvía, cubriéndome como si un animal se hubiera agazapado sobre mí. Luego

sentí el roce ardiente de su lengua deslizándose desde mi cuello hasta el lóbulo de la oreja. Se me volvió a erizar la piel.

—No sé si te ha quedado claro antes, parece que no... —La voz me salió firme, de lo cual me alegré. Me costaba mantener la compostura —. Yo no soy ninguna puta, Crowley.

No es que su presencia me fuera indiferente. No, ni mucho menos. El cosquilleo en mi estómago se había convertido en un calor húmedo

entre mis piernas. El coño me empezaba a palpar con la promesa de su polla dentro de mí. Pero no iba a permitir que me tomara por una cualquiera. Mi situación y mi profesión no eran las mejores del mundo para mantener la dignidad. Había que pelear por ella cada día, con cada gesto.

Intenté desembarazarme de él, esta vez en serio.

*

Sabía que Alexandra no era una princesa, sabía que no era una

furcia, que tenía más de fiera o demonio que de cualquier cosa, y eso lejos de asustarme me la ponía más dura. Yo tomo lo que quiero, en especial si está mojando las bragas por mí. El calor era doloroso y la idea de arrancarle la ropa y follármela sin más preámbulos comenzó a resultarme tentadora y difícil de ignorar. Pero yo no soy una rata, y mucho menos un violador.

—Suéltame —espetó con firmeza, y comenzó a revolverse,

intentando deshacerse de mi agarre. Toda su dignidad, toda esa rebeldía me ponían demasiado cachondo.

Me apreté más contra ella, arqueándome con un movimiento obsceno y cerré los dientes en el lóbulo de su oreja, con la mandíbula tensa y los músculos trémulos de contención. La había escuchado muy bien, pero su cuerpo temblaba bajo mi presa. Deslicé los dientes en un mordisco suave, soltando el lóbulo al tiempo que abría los dedos en sus cabellos y la

arañaba con las yemas sobre el cuello.

Tomé aire con profundidad, aspirando el olor que desprendía su piel. Especias, alcohol... y deseo, picante y embriagador. Le aplasté la nariz contra el cuello y la deslice sobre su piel, aspirando como si se tratara de una raya de cocaína.

—Miénteme con convicción... porque estoy oliendo desde aquí cómo se moja tu coño —susurré en su oído, con la voz ronca de excitación. Seguía torturándome

apretando el miembro erecto, atrapado en la tela del maldito pantalón, en el hueco entre sus nalgas—. Y si realmente quieres que te suelte... pídelo por favor.

Apoyé la otra mano en el mueble. En realidad ya la había soltado, pero no estaba dispuesto a rendirme con tanta facilidad.

—Si estoy cachonda es porque no dejo de pensar en esos dos amigos tuyos a los que has echado hace un rato —espetó, empujándome con fuerza al darse la

vuelta con un gesto airado—.
Quítate de en medio, niño.

Otro latigazo, violento y abrasivo, volvió más insoportable mi erección. Cada palabra que brotaba de su boca era una provocación. Aquello estaba volviéndome loco. Era algo nuevo, y hacía que la sangre en mis venas se incendiase. Quería subyugarla, quería arrojarla contra el suelo y demostrarle quién mandaba.

Apreté los dientes y la miré de frente. Tiré de sus cabellos de

nuevo y me arrojé contra su cuerpo para arrancarle un beso, hundiéndome en su boca con un gesto violento. Ella se sacudió, comenzó a revolverse, a darme rodillazos. Sentí el dolor de varios golpes de sus tacones en las espinillas, como algo sordo que solo echaba más leña al fuego. Me tiró del pelo y entonces la agarré de una muñeca y la inmovilicé en su espalda, besándola sin concesiones. Siguió golpeándome con el otro puño, pero sus labios se abrieron y

comenzó a responder a mis besos. Me dio paso, hasta que pareció caer en la cuenta de esa rendición, justo cuando nuestras lenguas se tocaban.

Me aparté antes de que me mordiera, al borde de la asfixia, y tiré más de su pelo para mantenerla controlada.

—Seguro que puedes hacerlo mejor... ¿eh, princesa? —volví a pronunciar aquella palabra marcando cada sílaba—. Hazlo mejor.

Entonces me enseñó los dientes

y me escupió. Me soltó un rodillazo en la pierna, demasiado cerca del paquete como para no haber fallado deliberadamente. Sabía que podía joderme vivo si quisiera, me tenía a tiro y yo no estaba defendiéndome realmente de sus golpes, pero todos me daban en las piernas o en el pecho.

—Te he dicho que no soy una jodida princesa —soltó, y me clavó el tacón en el pie, con fuerza—. Y tú no eres más que un bastardo con ínfulas. Deja de aburrirme con tus

chorradas o te juro que te sacaré los ojos.

Noté el tacón hundirse sobre mi bota, la chapa de acero de la puntera se deformó por la fuerza que estaba aplicando. Mi respuesta fue inmediata y brusca, doblé apenas la cadera y clavé una pierna entre las suyas, separando las rodillas para abríselas e impedirle así que pudiera seguir pateándome.

—Aún no te he escuchado pedirlo por favor —dije mientras le soltaba el pelo y me limpiaba los

restos de su saliva de la mejilla con los dedos. Esboqué una sonrisa torcida—. Será que después de todo no te estás aburriendo tanto.

Deslicé la mano libre bajo su pantalón, bruscamente, sin desabrochar la prenda ni pedir permiso. Colé los dedos índice y corazón, húmedos de su propia saliva, bajo las bragas y presioné sobre la carne endurecida del clítoris, mientras los hacía resbalar para hundirlos entre los labios mojados de su coño, que estaba más

que dispuesto para aquel asalto.

No aparté un solo instante la mirada de ella, ni se me borró la sonrisa de depredador de la cara.

*

Se me abrieron los ojos como platos y casi se me cae la boca al suelo. Por un instante solo parecía sorprendida e indignadísima. El muy cabrón. ¡El muy cabrón! Cómo le odié. Ahí estaban todas las pruebas que él necesitaba, si es que necesitaba alguna. Sus dedos ásperos presionaron la carne y una

sacudida me recorrió todo el cuerpo, tensándome y haciéndome temblar.

—¡Hijo de puta! —exclamé, alzando la voz.

Con la mano libre, le solté una fuerte bofetada y traté de zafarme, pero era imposible con su mano dentro de mis vaqueros y sus dedos en mi coño. Una oleada de calor me subió el color a las mejillas y apreté más los dientes para aguantar un jadeo, dándole un rodillazo en la rótula. Total, su pierna no la

necesitaba yo para nada. Estaba levantando la mano para soltarle otro revés mientras me retorció como una fiera para intentar huir de aquella intromisión. Pero mi cuerpo me traicionaba. Mientras le empujaba, los músculos se cerraron alrededor de sus dedos con una palpitación, y luego con otra. Y el muy hijo de puta comenzó a hundirlos más profundo. Cerró el pulgar, atrapando mi clítoris, agarrándome como si estuviera tomando posesión de mí. Mis

propios movimientos al forcejear con él hacían que se hundiera más en mi cuerpo.

—Cabrón, imbécil... —seguía insultándole, mordiéndole y golpeándole, intentando ordenarle a mis instintos lo que debían hacer, o más bien lo que no debían hacer.

—Me aburres con este numerito, princesa —me soltó, el muy...

¿Que le aburría? Cuando dijo aquello comencé a patearle con furia, apoyando el trasero en el

mueble bar para clavarle con saña los dos tacones en las tibias, aunque con aquella postura al mismo tiempo parecía que me estaba ofreciendo, pero no era más que un daño colateral. Y mis tacones eran de aguja, así que más le iba a doler a él. Me estaba destrozando el brazo, pero tenía elasticidad y el dolor no me importaba.

Le tiré del pelo, le arañé la mejilla y le clavé los codos en las costillas. Esta vez cerré la boca cuando se arrojó contra mí para

besarme y comenzó a tirar de mi ropa como un puto psicópata. Traté de no jadear, pues cada vez que me tocaba todo mi cuerpo parecía volverse loco de excitación. Para colmo, tenía los pezones duros como piedras debajo del ligero top de lencería. Crowley tuvo que aplicarse a fondo para sacarme el abrigo y cuando tiró de la camisa escuché el rasgarse de las costuras. Un tirante se fue a la mierda y luego la prenda se abrió limpiamente por la mitad. Solté un gritito absurdo

con el fuerte tirón y de nuevo mi cuerpo empezó a latir sin permiso. La situación me excitaba cada vez más. Pero eso no significaba que se lo fuera a poner más fácil. Le mordí la lengua como una verdadera bruja y dejé que en mi garganta vibrara un grito furioso.

Nunca más volvería a usar vaqueros elásticos en aquella casa. Nunca.

*

Iba a salir con marcas de guerra de aquel encontronazo, pero no me

importaba lo más mínimo. El dolor no me da miedo, y en esa situación solo contribuía a ponerme más caliente. Cuanto más me empujaba, más lejos quería llegar. Su lucha me estaba enervando, siempre tenía lo que deseaba sin tener que esforzarme demasiado, y eso había hecho que la mayoría de cosas perdieran su autenticidad, el sabor de la vida cuando las cosas se vuelven impredecibles. Por eso hacía cosas como tratar con la rata de Steve. Era una rata, pero su

mundo era impredecible, sabías cómo accedías, pero no cómo ibas a salir, no lo que ganarías, ni si acabarías llevándote un tiro. Con Alexandra, las cosas eran incluso más salvajes.

Tenía el corazón en los oídos, la sangre acelerada y ardiendo, los músculos tensos, la adrenalina a flor de piel, igual que en una pelea... solo que las peleas no me la ponían dura, y la bailarina hacía que hasta me doliera la polla de tanta excitación.

Le bajé el sujetador de un tirón cuando conseguí arrancarle el top y le agarré un pecho con firmeza, respondiendo al beso con un mordisco despiadado. Estaba hundiendo los dedos en su coño con un ritmo más vivo y brusco, pero sus golpes comenzaban a agotarme y a volver la situación insostenible. Saqué la mano de manera repentina de sus pantalones y la solté para quitarme la camiseta de un tirón, abriendo las piernas para obligarla a abrir más las suyas. Ella había

apoyado el trasero sobre el mueble bar, poniéndomelo fácil ya fuera queriendo o sin querer.

Soltó un grito rabioso y trató de sacarme los ojos, como había advertido. El calor subió por mi pecho, se me aceleró la respiración.

Mi respuesta fue automática: con la misma mano con la que la había estado masturbando, le solté un revés.

*

La sorpresa no me detuvo. Casi

de inmediato, le devolví la bofetada.

Me encontré deseando otra.

¿Estaba loca? Nunca había llegado tan lejos con nadie, aunque había fantaseado con esta clase de cosas a menudo... pero, en fin, nunca había encontrado a nadie a la altura.

Me volvió a abofetear y luego me cogió por los brazos y me dio la vuelta, empujándome contra el mueble. Clavé las uñas en la madera y empujé hacia atrás para

frotarme contra su entrepierna mientras seguía insultándole. Sus manos estaban fijas en mis muñecas, me tenía inmovilizada pero aún podía pegarle con las piernas, y le solté un buen par de coces. Al menos se iría con unos buenos moratones, por cabronazo.

—Eres un hijo de puta... te voy a denunciar, cabrón de mierda...

Le escuché gruñir a mi espalda y me levantó las muñecas, uniéndolas sobre el mueble y tirando algunos vasos por el

camino. Luego me las agarró con una sola mano mientras con la otra me abría el pantalón.

—Ni se te ocurra... —le advertí. El botón cedió, la cremallera bajó—. Ni se te ocurra, hijo de puta, bastardo... —Agarró la cinturilla y tiró hacia abajo, llevándose por el camino mis bragas de encaje y dejándome el trasero y los muslos al descubierto. La ropa me quedó a la altura de las rodillas y yo volví a soltar un grito de rabia y frustración y a sacudirme

como un animal.

Quería alejarme de él. Pero también quería que me follara.

*

Cada uno de sus gestos era un reclamo. Incluso aquella amenaza me resultó excitante, una tentación a la que no estaba dispuesto a ponerle barreras. Apreté con fuerza sus muñecas hasta que la escuché quejarse y me desabroché el pantalón con la mano libre, sacándome la polla de un tirón y agarrándola para frotársela contra

el trasero. La hundí entre las nalgas hasta que la humedad ardiente que le resbalaba entre las piernas la impregnó.

Me estaba sometiendo a una tortura voluntaria, pero sabía que con aquello también la torturaba a ella. Olía a todo, menos a miedo.

—Vamos... conoces las palabras mágicas... —murmuré en su oído, tenso como un animal de presa—. Pero es cierto: no eres una princesa, no tienes modales. Eres una furcia. Las princesas no se

mojan de esta manera cuando están a punto de que las follen.

Me encajé entre sus nalgas y me solté, agarrándola del pelo al embestir. La humedad entre sus muslos hizo fácil el resto, a pesar de la brutalidad con la que me hundí en su coño y la empujé contra el mueble. La obligué a volver el rostro y la besé, hundiéndome también en su boca, tomando posesión de su cuerpo como un ariete irrumpiendo en una fortaleza. Esas puertas estaban deseando caer,

y yo lo sabía.

*

—Hijo de puta.

Eso fue todo lo que sacó de mí, antes de que me sujetara por la cadera con fuerza y aquella enorme y durísima polla se enterrara hasta lo más hondo de mi vagina. Clavé las uñas en la madera y tiré hasta que chirriaron. Se me escapó un gemido fuerte y me tuve que morder los labios.

—No soy ninguna furcia... —

jadeé, cerrando los ojos con fuerza. El calor se extendía por todo mi cuerpo, calambres de placer me trepaban hasta la raíz del cabello y las puntas de los pies, que clavé con fuerza para apuntalarme en el suelo al tiempo que levantaba el trasero—. Solo cuando quiero.

—Ahora eres mi furcia, y no necesito ningún jodido papel que lo asegure... —respondió, emitiendo un gruñido al final que hizo que la piel se me erizase.

Debería matarle. Al día

siguiente, o esa misma noche, le echaría matarratas en una copa y le mataría. ¿Cómo se atrevía a tratarme así, como si fuera una zorrita cualquiera? Dios, me encantaba.

Me tiró del pelo y me volvió a besar. Le mordí otra vez, aunque también enredé la lengua con la suya. Estaba totalmente distendida por dentro, aquella gigantesca polla era como una estaca incrustada en mi cuerpo y pensé que cuando empezara a moverse me rompería,

pero estaba tan cachonda y mojada que su descomunal verga se deslizaba sin dificultades. Maldito fuera aquel cabrón. Nadie me había puesto así de cachonda en años. Quizá en toda mi vida. Mientras me besaba con rabia y me tenía agarrada del pelo, me azotó en el culo con la otra mano una y otra vez. Intenté no gemir, pero las palpitaciones de mi coño no las podía disimular, ni tampoco el calor de mi cuerpo y lo duros que tenía los pezones.

Quería que ese cabrón me follara, esa era la cruda realidad. Y si no lo hacía en condiciones, iba a cabrearme. Le vi apuntalarse contra el mueble, apoyar un pie en una balda, y entonces comenzó a embestir con más fuerza, como si me hubiera leído el pensamiento.

Aquel tío tenía una barra de acero entre las piernas y me la estaba clavando hasta el fondo y sin contemplaciones, casi hasta hacerme daño. La fuerza que emanaba de él, el calor intenso y la

pasión animal que estaba desatando sobre mí cayeron como una ola ardiente y me arrastraron, me arrasaron hasta hacerme perder el juicio por completo.

—Eres mi furcia —dijo otra vez, y yo no podía sino gemir de placer y dolor.

Cada vez que aquel gigantesco falo entraba en mí parecía pulsar cuerdas imposibles que yo ni siquiera sabía que tenía. Nunca me habían follado de aquel modo, y que no tuviera ninguna delicadeza

solo me excitaba más. Tenía el coño hinchado, caliente y chorreante y le recibía con una contracción cada vez que me penetraba. Me agarró del pecho y me pellizcó el pezón endurecido, alcé la cabeza y gemí de nuevo, mordiéndome los labios.

—Eres mi furcia —repitió.

—Porque... yo... quiero — jadeé entre gemidos. Alcé la cabeza y lancé un grito más fuerte, levantando las caderas mientras el mueble temblaba y las botellas y las copas se caían.

*

No perdía la dignidad, ni en esa situación. Cada vez que la escuchaba insultarme me excitaba más. Aumenté el ritmo de la penetración, me apuntalé para llegar más lejos dentro de ella. La humedad se escurría por mis propias ingles y cada vez que se contraía me empujaba hacia la locura. Hasta ese momento pensaba que la sumisión me complacía, pero aquello me estaba llevando a otro nivel. No recordaba haber perdido

así la noción de mis propias acciones durante el sexo, siempre he controlado hasta el mínimo detalle, siempre me han complacido con cierta obediencia, y la rebeldía no era más que un juego fingido. Pero ella no estaba fingiendo, a pesar del calor con el que me abrasaba cada vez que le clavaba la polla. Los papeles se difuminaban, ya no sabía si era yo quien dominaba o era ella la que me había arrastrado a eso. La vi ladear el rostro y frotarlo contra mi brazo.

Luego me mordió, primero despacio, de forma seductora y luego comenzó a apretar los dientes con fuerza, hasta clavarlos en la carne y hacerme sangrar. Solté un quejido.

—No muerdas, putita —le ordené, dándole un tirón de pelo.

Me mordió más fuerte.

Era como follar como una maldita leona. En cada embestida, el placer se desataba en oleadas, calientes e intensas. Contenerme me estaba matando, pero no quería

correrme y dejar a medias a esa fiera hambrienta, aguantaría aunque me costase la cordura.

Le tiré del pelo con más fuerza y cerré las mandíbulas en su hombro, devolviéndole la jugada con mucha menos delicadeza de la que ella había demostrado. Bajé la mano de los pechos a su coño y presioné con los dedos sobre el endurecido clítoris, afianzando también ahí la presa con la que acababa de inmovilizarla. No nos diferenciábamos en nada de dos

animales en celo.

*

Había perdido totalmente el juicio. Ahora yo también empujaba contra su cuerpo, jadeando, y cuando le solté los dientes del brazo el cabello revuelto se me pegó a los labios y las mejillas sonrojadas. Miré hacia atrás por encima del hombro, irguiéndome a medias y levantando el brazo para agarrarle del pelo. Otra botella se volcó, rodó y se cayó al suelo, mientras mis pechos saltaban y se

agitaban con cada salvaje embestida y yo me fundía bajo sus arremetidas sintiendo la tensión crecer en mi vientre.

Le tiré del pelo al gritar cuando le clavé con fuerza en mi interior. Su polla bombeaba dentro de mí cada vez más fuerte, cada vez más rápido. Sentía la corriente salvaje agitándose entre nosotros. Volví a gritar cuando me mordió. Y grité una vez más cuando el orgasmo se disparó, salvaje e intenso, como una maldita explosión en mis

entrañas.

Le solté y me eché hacia adelante, clavando las uñas en el mueble bar ahí donde estaban las marcas anteriores. Levanté las caderas ante cada arremetida, abandonándome al fin. Cerré los ojos y me mordí los labios para acallar los gemidos. El clímax me destruyó como un relámpago. Caí desmadejada sobre el mueble, gritando y extendiendo los brazos para arrojar toda la puta cristalería al suelo mientras me contraía por

dentro alrededor de aquel gigantesco falo, presa del mejor orgasmo de mi vida.

*

Sus gritos me estaban enloqueciendo. Empujé con más fuerza. Me sentía poseído, arrastrado por aquel placer que cabalgaba en mis venas, como si en verdad ella fuera la bruja y yo el demonio. Su cuerpo era como el puto infierno y me estaba succionando, me arrastraba hacia las llamas, y cuando comenzó a

correrse creí que me volvería loco de verdad.

Solté la presa que había hecho con mis dientes en su cuello y tiré de ella con más fuerza, frotando los dedos contra su clítoris con una caricia rápida e intensa. El orgasmo la hacía estremecerse, y aquellas caricias provocaban espasmos incontrolados en sus músculos. Le rodeé la cintura con un brazo y la pegué a mi cuerpo por completo. Aún empujaba en su interior mientras ella se corría, sin

detenerme, arrancándole gritos de placer que me hicieron estremecer de pura satisfacción. Había vuelto los movimientos más lentos, las embestidas más fuertes, pero al tercer grito, cuando su cuerpo se tensó de nuevo, no pude contenerlo más. El placer se desbordó y empecé a cabalgarla de una manera frenética, al borde del éxtasis. Cuando estallé la apreté con fuerza contra mi cuerpo, cerrándole la otra mano en el cuello. Me corrí en su interior, jadeando y gimiendo, sin

pensar en nada. Ni en precauciones ni en hostias. Simplemente me corrí y fue glorioso.

Un relámpago blanco me arrebató la razón. Cuando bajé la cabeza y dejé de moverme, hundido por completo en ella, la estaba sujetando con demasiada fuerza contra mi cuerpo y clavándole los dedos en el cuello.

*

Durante un buen rato estuve como idiota, sin ser capaz de hacer nada salvo gemir y jadear, con la

espalda pegada a su pecho. Todo mi cuerpo estaba erizado, palpitante y caliente por culpa de su condenada manera de follar, que se merecía una mención de honor —aunque yo nunca lo reconocería en voz alta—. Me permití la libertad de quedarme pegada a él, agarrándole del pelo mientras empujaba aún dentro de mi coño anegado por su semen y mi propia humedad. No me importaban los dedos estrangulándome ni su otra mano agarrándome con fuerza, tampoco los dientes sobre mi piel.

Era extrañamente reconfortante. No sabía que me gustaba tanto eso.

Pensé con vergüenza durante un momento en las ocasiones en las que me había masturbado pensando en él, en sus vídeos musicales, sus fotos y sus entrevistas. No es que fuera el único, pero había formado parte de mi particular harén de hombres inalcanzables con los que disfrutaba en soledad. Pensar en eso en ese momento me abochornaba un poco.

Me acababa de follar a

Crowley Hex, el de Masters of Darkness. O más bien, él me había follado a mí. A nuestro alrededor había copas rotas, botellas volcadas por los suelos y un fuerte perfume a sexo.

Parpadeé con fuerza un par de veces y luego solté sus cabellos, deslizando los dedos entre ellos y apoyando la cabeza en su hombro con placidez. Estaba relajada y tranquila, había quedado lo bastante satisfecha como para no castigarle más, por el momento.

No dije nada, esperando su reacción. No sabía cómo iba a comportarse. Si seguía siendo un cretino le abriría una botella en la cabeza y me largaría de allí. Una cosa era ser una zorra en la cama —o en la alfombra, o en el salón— y otra que te perdieran el respeto justo después del orgasmo.

*

Aún estaba palpitando dentro de ella y tenía una extraña sensación de ensueño, como si me hubiera pasado bebiendo o hubiera

mezclado lo que no debía. Cuando dejaron de zumbarme los oídos comencé a sentirme embriagado. Tenía la respiración acelerada, había apoyado la frente en su hombro y cuando ella se relajó entre mis brazos, venciendo el peso contra mi cuerpo, yo aflojé el agarre en su cuello, deslicé los dedos entre sus clavículas y la sostuve, aún estremecido por el brutal orgasmo. Sabía que si me movía en ese instante perdería pie, era como si el suelo se hubiese

vuelto blando y el mundo hubiera perdido sustancia, así que me quedé ahí. Aparté la mano de su sexo y la apoyé contra el mueble dejando caer nuestro peso en ella. Hundí el rostro entre sus cabellos y ahí permanecí un largo instante, aspirando con fuerza hasta que nuestras respiraciones se calmaron y parecieron acoplarse. Había conseguido domarla, porque permanecía en silencio, porque no parecía albergar deseos de golpearme o llamar a la policía, y

la manera en la que se había dejado caer contra mí me resultó un extraño gesto de confianza.

Me llené de su perfume hasta que recuperé el control de mi propio cuerpo. Aún tenía la polla enterrada en su sexo y cuando me removí para salir volvió a latir, amenazando con despertar de nuevo. Su olor se me había pegado al paladar, y sabía que si seguía tocándola volvería a tener hambre. Aparté primero la cara de sus cabellos, y tras salir de ella con un

sonido húmedo me limpié y me abroché los pantalones sin separarme demasiado. Luego me incliné para subirle los suyos y aproveché para coger una de las botellas que habían caído al suelo.

Ella recogió su abrigo, apartándose y apoyándose en el mueble como yo lo había hecho, se lo puso y se abrochó uno de los cierres para taparse las tetas, para mi desgracia. Suspiró y se peinó el pelo con los dedos, sacó un espejito del bolsillo del abrigo y se arregló

el carmín con los dedos bajo mi atenta mirada, mientras yo daba un trago de la ginebra que aún quedaba en la botella. Estaba sonrojada, con los ojos brillantes y vivos, radiante. Mientras se acicalaba me miró de arriba a abajo con descaro, como si inspeccionara un trozo de carne en el mercado.

No parecía tener heridas ni contusiones, y no es que me asustase la posibilidad remota de una denuncia, es que yo no era un puto maltratador de mujeres, aunque

después de lo ocurrido muchos no me habrían creído, pero en ese momento me preocupé por si le había hecho daño de verdad. Por suerte la opinión del resto del mundo siempre me ha traído sin cuidado, pero en esos instantes me sorprendí sintiendo cierto interés por la opinión de ella.

De pronto, ella se acercó y me tendió la mano.

—Alexandra Byrd. Soy restauradora... y bailarina —dijo, mirándome a los ojos con cierta

reserva que el gesto pícaro de su rostro no logró ocultar—. Por cierto, tienes una casa preciosa.

Tal vez fuera un poco extraño presentarnos después de haber echado un polvo, en especial después de un polvo como ese, pero su gesto, tan natural, convirtió de pronto la situación en algo civilizado. Todo lo civilizado que no había sido hasta el momento.

Estreché su mano, mirándola a los ojos. Yo había salido peor parado del encuentro, al menos a

simple vista: el mordisco en el brazo había dejado un reguero de sangre sobre los tatuajes, y me había llenado la cara de arañazos, pero en esos instantes ni era consciente de ellos.

—Crowley Hex, líder de Masters of Darkness... y empresario. —¿Restauradora, eh? Eso sí que era una novedad. Alexandra estaba demostrando ser una caja de sorpresas—. Puedes quedarte en la habitación del ático. Está libre, y con suerte también

entran tus zapatos.

Dejé la botella vacía sobre el mueble. En el suelo había un montón de cristales rotos. La alfombra se había manchado, pero no parecía importarle a nadie.

—La habitación del ático. Suena bien. —Sonrió a medias con un extraño gesto de curiosidad. Se apartó de mí y pasó sobre los cristales con cuidado, con sus tremendos tacones—. Por cierto, ¿alguna idea sobre dónde pueden estar mis maletas?

La seguí con la mirada. Su perfume había cambiado. Tenía la impresión de que había llenado el salón, como el humo de un incienso demasiado potente. Ahora olía a sexo, pero había algo místico en aquello, me recordaba a algo que no era capaz de ubicar y seguramente solo tuviera origen en mi imaginación.

Saqué el paquete de tabaco del bolsillo, estaba arrugado, pero conseguí encontrar un cigarrillo en buen estado... y volví a darme

cuenta de que Alexandra se había quedado con mi zippo. Dejé el cigarro colgando entre mis labios mientras la miraba. Siempre me han gustado las tías que saben andar sobre tacones de aguja sin parecer patos... y las que llenan los pantalones vaqueros con el trasero.

Sonreí de medio lado. Era perfecta.

—Hay dos posibilidades: el taxista se las ha llevado, o te las ha dejado en el porche.

Ella se dirigió hacia la puerta

para comprobarlo. Deseé que se las hubiera llevado. El pensamiento de ser yo quien decidiera la ropa que se pusiera allí me pareció muy tentador, pero sabía que aquello no sería fácil ni aunque le robasen las maletas. Tal vez prefiriese pasearse desnuda por la casa a ponerse algo que yo le diera... y eso también era una idea tentadora, maravillosa. Sonreí con malicia, y me agaché a buscar mi camiseta. Por el camino encontré el sujetador de Alexandra, me lo colgué del cinturón como si

fuera un trofeo. No muy lejos encontré también mi zippo. Me encendí por fin el cigarrillo mientras me incorporaba.

—¿Lo vas a usar o qué? —dijo, señalando su sostén—. Si lo haces avísame, que no me lo pierda.

—Creo que es de mi talla.

Me puse la camiseta y di una larga calada, disfrutando del tabaco. Esperé en la escalera a que viniera con las maletas y subí delante. Aquella casa haría las delicias de cualquier persona con

algo de gusto: el salón estaba cuidadosamente restaurado, y también la escalinata que daba acceso a la segunda planta, el papel en las paredes era rojo y negro, estampado con motivos barrocos. Las lámparas habían sido adaptadas para la luz eléctrica, pero eran antiguas lámparas de gas. En el segundo piso había ventanales que se abrían a balconadas desde las cuales se disfrutaba de unas vistas magníficas del jardín y del bosque más allá, pero ya era noche cerrada

y apenas sí brillaban algunos faroles entre la densa vegetación. Yo no tenía jardinero, y allí todo crecía descontroladamente. Al otro lado del pasillo las puertas daban a varias habitaciones, pero la conduje hacia la del final.

—¿Vives solo aquí? —me preguntó.

—Algo así. Los chicos a veces se toman demasiadas confianzas y tengo que echarles a patadas. Así que podría decirse que vivo solo cuando quiero.

—Es una suerte. A mí me gusta vivir sola, pero no he tenido muchas oportunidades de hacerlo.

Había partes de los techos por restaurar, piezas de arte antiguo mezclándose con lo que había sido rehabilitado. La escalera de caracol por la que subimos daba a una buhardilla que había reconvertido en una habitación: cama con dosel, baúles, suelo de madera, alfombras, varios divanes, un escritorio y una puerta que daba al baño y a un vestidor. No había ninguna

habitación pequeña en aquella casa, aunque al lado de la mía todas se quedasen pequeñas, y aunque era tentadora, la idea de encerrarla en el sótano no me pareció apropiada en aquel momento.

Le di paso, apoyándome en el marco de la puerta. Ella se dirigió directamente al armario, abrió las maletas y empezó a colgar su ropa. Se comportaba como si fuera la dueña de todo, igual que había hecho abajo. Cuando sacó la ropa interior me miró y alzó una ceja,

amagando una sonrisa burlona antes de guardarla en el cajón de una mesita. Mientras colocaba las cosas por el lugar miraba alrededor, y se tomó la libertad de cambiar de lugar algunas lámparas y de abrir el pequeño ventanuco. Luego entró al cuarto de baño, aún en tacones, y abrió los grifos de la bañera para llenarla.

—Bueno. Parece que voy a pasar unos cuantos días aquí, así que quiero saber qué planes tienes —dijo con voz firme, y se dio la

vuelta para mirarme con un aire insolente.

Yo seguía apoyado en la puerta, fumando, mientras la observaba ocupar la habitación con total naturalidad, como si solo hubiera venido de vacaciones. Al pensar en el gilipollas de Steve y en La Ratonera, me di cuenta de que pasar tiempo en un lugar como mi casa debía ser lo más parecido a eso. Nunca me había dado por pensar en cómo era de verdad aquel lugar, o cómo funcionaba el negocio en el

que tanto dinero había invertido, y jamás habría esperado que aquel intercambio fuera a dar más frutos que el hecho de joder a Steve quedándome con algo que él creía suyo.

—Yo me levanto a las siete, y no quiero molestias hasta por lo menos las doce del mediodía, cosa que no creo que sea un problema para ninguno, teniendo en cuenta tus horarios. La nevera está llena, en la cocina hay de todo, así que puedes prepararte el desayuno, la comida,

o lo que te venga en gana a la hora que te venga en gana. No me importa a qué hora te levantes ni cual sea tu rutina, siempre que no abandones la casa sin mí. —Di una calada larga, mirándola de reojo, e hice una pausa para soltar la bocanada de humo y tomar aire, que me mirase así me provocaba a seguir dándole órdenes con las que seguramente se limpiaría el culo—. Y... si te requiero en algún momento, estés dormida, dándote un baño o comiendo, quiero que estés

dispuesta a venir. Cuando Steve pague su deuda podrás volver a tu vida, pero mientras tanto... bueno, es justo que colabores en lo que se te pida, ¿no crees?

Se apoyó en el marco de la puerta y se quitó los tacones, inclinándose hacia adelante sin flexionar las rodillas.

—¿Y para qué podrías requerirme? —preguntó levantándose con un gesto airoso que hizo que su melena se agitara. Seguía mirándome con ojos

desafiantes.

—Eres bailarina... y restauradora. Algo se me ocurrirá.

—Sonreí con cierta guasa. No había puesto un pie dentro del dormitorio, seguía apoyado en el marco de la puerta.

Ella me dedicó una mirada ambigua y una media sonrisa enigmática.

—Sí, seguro que algo se te ocurre.

Dejé el zippo sobre la cómoda

junto a la entrada.

—Encontrarás algo para cenar en la cocina, en cuanto termines. Buenas noches, princesa.

Bajé las escaleras fumando, de vuelta al salón.

Dios, era perfecta.

*

Cuando salió, crucé los brazos sobre el pecho y eché una mirada a la habitación. El día había sido intenso y lleno de novedades. El golpe de Steve me había dejado una

marca alrededor del ojo y me dolía un poco, pero al menos no estaba hinchado. Además, no tendría que verle la cara a ese gilipollas en una buena temporada. No estaba mal. Las cosas podrían haber sido mucho peores, realmente.

—No soy una princesa —dije en voz baja cuando él ya no estaba.

Eso lo había tenido claro desde pequeña.

Me desnudé y entré en la bañera llena de espuma. Al fin, pude tomar mi baño con tranquilidad. «Las

cosas saldrán bien —me decía—. Solo tengo que dejar que Crowley se confíe y robarle el contrato. Entonces seré libre».

Y dejar que se confiara no iba a ser difícil, visto lo visto.

El piano comenzó a sonar en el piso de abajo y no dejó de escucharse hasta pasadas un par de horas. Aquella noche me dormí enseguida, agotada y relajada, más tranquila que en mucho tiempo.

